

BOLETIN SALESIANO

Instruyó al pueblo y divulgó todo lo que había hecho. Buscó las doctrinas útiles y escribió documentos recitísimos y llenos de verdades. Las palabras de los sabios son como punzas ó clavos, que penetran profundamente, y nos fueron dadas mediante nuestros maestros por el único pastor.

(ECCLESIASTÉS XII, 9, 10 Y 11)

El peligro, Sto. Padre, está todo en la continúa difusión de los libros infames; y para poner un dique á este mal inmenso, yo no veo otro remedio, que la fundación de una imprenta Católica, puesta bajo el patrocinio de la Santa Sede. De esta manera, no haciéndose esperar nuestras respuestas, podremos con mayor ventaja descender al campo de la lid y responder con feliz éxito á las provocaciones de los apóstoles del error.

(SALES)

No se engañaría mucho quien intentase de atribuir principalmente á la prensa malvada, todos los males y la deplorable condicion de las cosas, á la cual hemos llegado actualmente..., los escritores católicos deben con todas sus fuerzas volverla en bien de la sociedad.

(LEON XIII)

La prensa periódica sometida á la autoridad jerárquica, revestida del espíritu de Jesucristo, viene á ser un poder inmenso: ilumina, sostiene la verdad, hace desaparecer el error, salva y civiliza; es casi una forma de apostolado sublime.

(ALIMONDA)

LIBRERIA SALESIANA DE TURIN.
EN ESPAÑA — Librería Salesiana, BARCELONA-SARRIÁ

EL JOVEN INSTRUIDO

EN LA PRÁCTICA DE SUS DEBERES

Y EN

LOS EJERCICIOS DE LA PIEDAD CRISTIANA

SEGUIDO

del Oficio de la SS. Virgen, del Oficio de Difuntos

Y DE LAS VÍSPERAS DE TODO EL AÑO

por el Sacerdote

JUAN BOSCO

Un tomito en-32. 1 Peseta el ejemplar.

Esta obrita está dividida en tres partes. En la primera encontraréis todo lo que debéis practicar y lo que debéis huir para vivir cristianamente. En la segunda se encuentran reunidas las principales oraciones que están en uso en las parroquias y en las casas de educación. La tercera, en fin, contiene el Oficio de la Santísima Virgen, las Vísperas de todo el año y el Oficio de Difuntos. Encontraréis además un pequeño diálogo sobre los fundamentos de nuestra santa religion católica, adaptado al tiempo en que vivimos. Añadimos al fin una corta coleccion de canciones espirituales.

BIBLIA SACRA

VULGATAE EDITIONIS

SIXTI V PONTIFICIS MAXIMI

IUSSU RECOGNITA

ET CLEMENTIS VIII

AUCTORITATE EDITA

EDITIO EMENDATISSIMA

S. INDICIS CONGREGATIONIS DECRETO PROBATA

Un Tomo en-8° de 848 páginas. — Peset. 7.

Synopsis

Divini voluminis exegetico-scientificae
Alphonso Maria Barretta, Ex-Cathedral
Ecclesiae Frequentinensis Canonico Theologo exposita
in duos libros distributa. Dos volúmenes en-8° de 1486 págs.
Peset. 16

Novum Testamentum

vulgatae editionis
Sixti V. et Clementis VIII. Pontt. Maxx. iussu recognitum atque editum.
tomo en-16° de 620 pág. Peset. 2

Suppetiae

EVANGELII Praeconibus qui Madurensis
missionem excolunt peramanter oblata
ab eorum sodali. T. A. Gallo S. I. Cuatro vol. en-16°
1420 pág. Peset. 14

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusion de la verdad.

(III. S. JUAN, 8)

Atiende á la buena lectura, á la exhortacion y á la enseñanza.

(I. TIM. IV. 13).

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvacion de las almas.

(S. DIONISIO)

Un amor tierno hácia el prójimo es uno de los más grandes y excelentes dones, que la divina bondad puede hacer á los hombres.

(El Docé. S. FRANC. de SALES)



Qualquiera que reciba á un niño en mi nombre, recibe á mí mismo.

(MAT. XVIII, 5)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande empeño la educacion cristiana; propocionadles libros que enseñen á huir el vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX)

Redoblad todas vuestras fuerzas para retraer á la niñez y juventud de las insidias de la corrupcion y de la incredulidad y preparar de esta manera una nueva generacion.

(LEON XIII)

→ DIRECCION en el Oratorio Salesiano. — Calle Cottolengo N° 32, Turin (Italia) ←

SUMARIO — Felicitacion — La palabra del S. Padre — El Corazon de Jesús — Mision por las riberas del Rio Negro — Oracion a Maria Santisima — Un sordo-mudo en Lourdes.

Felicitación.

Aproximándose la Pascuas de Navidad y el principio del nuevo año 1887, D. Bosco desea á los Señores Cooperadores y Cooperatoras, toda clase de felicidades temporales y espirituales. Mientras les dá las más expresivas gracias por los socorros que le prestaron, para el proseguimiento de su emprendida mision en favor de la juventud pobre y abandonada, no puede menos de recomendarles calurosa y vivamente las tribus infieles de la Patagonia y del Brasil. Él por su parte rogará y hará rogar á María Santisima Auxiliadora, á fin de que bendiga, dé prosperidad y haga felices en esta y en la otra vida, á todas las personas generosas que cooperan con sus limosnas á la salvacion de las almas.

LA PALABRA DEL SANTO PADRE.

La palabra del Papa, áunque no sea dirigida á todo el mundo católico, no deja de ser igualmente preciosa para el católico, y por consiguiente creemos hacer una cosa agradable á nuestros lectores, con darles á conocer la carta que Su Santidad dirigió á fines del mes de octubre, al Eminentísimo Cardenal Vicario.

Al Señor Cardenal Lúcido Maria Parocchi, Nuestro Vicario General. — Roma.

SEÑOR CARDENAL:

Varias veces durante nuestro Pontificado, hemos hecho conocer Nuestra predileccion hácia la devocion del Santo Rosario, y la grande confianza que en ella hemos puesto, en las actuales gravísimas necesidades de la Iglesia. En nuestras cartas Encíclicas hemos indicado los motivos de esta Nuestra predileccion y confianza, y estos Nos han inducido á prescribir hasta nueva disposicion, la continuacion del piadoso ejercicio del mes de Octubre en honor de la gloriosa Virgen del Rosario. Y es para Nosotros un verdadero consuelo el saber que en muchas partes se ha reanimado y

florece tal devocion, tanto en público como en privado y proporciona á las almas preciosos y saludables frutos de gracias.

Por esta razon, Nosotros creemos que no hemos hecho todavía lo bastante, para promover en medio del pueblo fiel esta piadosa práctica, que deseáramos ver cada dia más copiosamente difundida, y que viniese á ser la devocion verdaderamente popular de todos los lugares y de todos los dias.

Cuyo deseo es en Nosotros tanto más vivo cuanto más tristes y adversos hácese para la Iglesia de dia en dia los tiempos, y se reconoce más apremiante la necesidad de un extraordinario socorro divino. La osadía de las sectas, crecida por el favor y connivencia que por doquiera encuentra, no tiene ya freno y en mil maneras y por todas partes intenta ofender y hacer sufrir á la Iglesia, única potencia que las puede combatir y que siempre las ha combatido. Ella, por lo mismo que es obra divina, á la cual las promesas de su Fundador, dan la mayor seguridad, no teme por sí misma. Pero entre tanto no dejan de ser incalculables los daños que provienen á las almas, pues piérdese miserablemente un gran número de ellas. Estas consideraciones nos mueven á querer que sea siempre constante y jamás interrumpido, el recurso á Dios y á la Augusta Vírgen del Rosario, poderosísimo auxilio de los cristianos, cuyo poder sienten temblando las mismas potestades del abismo.

Nos dirigimos, pues, á V., Señor Cardenal, que hace nuestras veces en el Gobierno de la Iglesia de Roma, para manifestarle que es nuestra intencion se comienze en Roma, á hacer más general, diaria y perpétua en los templos y oratorios públicos, la devocion del Rosario. Muchas son en esta Nuestra alma Ciudad las Iglesias dedicadas por la insigne piedad de los Romanos, á la Santísima Vírgen; y sabemos ya que en algunas de ellas se reza todos los dias el Rosario. Pero es Nuestra voluntad que este devoto ejercicio se introduzca y practique diariamente en todas las demás Iglesias consagradas á María, á las horas que para cada una serán juzgadas como las más oportunas y cómodas á los fieles. En conformidad de estas intenciones Nuestras, V. querrá dar las disposiciones necesarias, y á fin de que estas no encuentren dificultades

en la ejecucion, Nosotros estamos dispuestos, como V. sabe, á hacer todo lo que pueda ocurrir para facilitarlas.

Y no es sin motivo que ordenamos para Roma, especiales oraciones. Roma, sede del Vicario de Jesucristo, favorecida de un modo particular por la Providencia, y devota singularmente hácia la Vírgen, es muy justo que se anteponga á cualquiera otra Ciudad en las manifestaciones religiosas y sea á todas de ejemplo. Además aquí, en la persona de su Cabeza Suprema, la Iglesia sufre más que en otras partes; aquí como centro del catolicismo, diríjense con mayor sarcasmo los esfuerzos de los enemigos, y el odio satánico de las sectas trabaja con más empeño y tiende sobre Roma su vista iracunda. Roma por consiguiente, tiene más razon y mayor necesidad de ponerse bajo la proteccion de la Augusta Vírgen y de merecerse su patrocinio. Y Nos, no dudamos que la piedad de los romanos nos secundará enteramente en estas intenciones Nuestras, que miran al mismo tiempo al bien de toda la Iglesia y á la incolumidad de Roma.

Con esta dulce esperanza damos de todo corazon á V., Señor Cardenal, y á todo el clero y pueblo de Roma, la Apostólica bendicion.

En el Vaticano, 31 de octubre de 1886.

LEON PAPA XIII.

EL CORAZON DE JESÚS y la bienaventuranza del dolor.

Viva el Sagrado Corazon.

El dolor fué dicho ya el tormento del entendimiento y el escándalo del corazon. Y esto es cierto, no sin justo motivo, siempre que se prescindida de la fe. Pues él, supuesto el pecado, mientras en su naturaleza y destinacion, es para nuestra razon un misterio profundo, viene á ser tambien un argumento de contradiccion, un objeto de abominio para nuestro corazon que se inclina violentamente al gozo, al placer y sin saber resignarse se resiste y rebela. Por lo cual se comprende cómo fuera del Cristianismo, tanto ante los antiguos como ante los modernos paganos, el dolor haya venido á ser casi sinónimo de culpa, y los infelices se familiarizasen con los malvados, y hasta se hiciesen inferiores á ellos. Se comprende cómo mientras el paganismo tuvo divinidades protectoras para todas y cada una de las cosas viles y para cada delito, solamente los infelices permanecian sin un númen que los pro-

tegiere. Aquel *bravo* que el viejo y nuevo mundo de los divertidos envía á los fuertes, á los felices y afortunados; aquella blasfemia del trágico griego que *los infelices deben ser necesariamente salvados* (1) aquella rehabilitación de la materia, aquella restauración del gentilismo con todos sus ritos, con sus fealdades, con sus vituperios, de los cuales nos dan un triste espectáculo los filósofos modernos del divertimento social, el cual pretenden con la abolición del dolor (2), tienen su explicación en la naturaleza humana, dañada por el pecado y no iluminada por la fe. ¡Pobre humanidad sinó encontrase quien la levantara de esta deplorable condición!

Mas he aquí que en un momento cámbiase la escena de las cosas; aquellos infelices, aquellos que sufren, resucitan á una nueva vida, recobran sus derechos, toman un puesto de honor en el consorcio social. ¡Oh! viva el Corazón de Jesús, que ha obrado esta milagrosa mutación; sí, de Jesús, que despues de haber durante su vida aceptado por sus más caros amigos á los atribulados de cualquier género que fuesen, y abundado con ellos de particular benevolencia, quiso aún, antes de irse, dejarnos de ellos un grande concepto, una alta estima, enseñando á todo el mundo una nueva bienaventuranza, esto es, la del dolor.

¡Oh! vedlo allá sobre aquel monte, del cual debía venir la ley, toda suavidad y amor de la nueva alianza, vedlo despues de haber declarado bienaventurados á los mansos y pobres de espíritu, cómo deja salir de su amabilísimo corazón la palabra consoladora que debía rehabilitar y santificar el dolor: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (3).

Y ¿quién podría decir los efectos extraordinarios, las consecuencias felices que obró en el universo entero esta palabra de bienaventuranza, pronunciada entonces por Jesús? Ciertamente el dolor cristiano, esto es, el dolor santificado por un dolor divino y libremente aceptado, ha venido á ser despues del pecado, uno de los medios más potentes de expiación y mejoramiento moral, de tal modo que por él el hombre se lava de la culpa, se arregla á una vida más pura y hácese hábil para ponerse en paz consigo mismo y con su Dios, á fin de poder ser bienaventurado.

Y no tan solo esto, sinó que el dolor es tambien por su naturaleza un gérmen fecundo de fortaleza y una causa efficacísima de grandes y meritorias acciones. ¡Ay de mí infeliz! exclamaba llorando el Apóstol Pablo (4), veo otra ley en mis miembros, que contradice á la ley de mi vo-

luntad, y me lleva esclavo á la ley del pecado, que mora en mí. Y en este dolor, en esta lucha diaria y trabajosa adquiría aquella fortaleza, aquel heroísmo, que hizo de él uno de los más eficaces instrumentos para la propagación del Reino de Jesucristo. Es tambien verdad que el hombre sufriendo y luchando, se fortifica de carácter, vence aquel temor desarreglado, que alguna vez nos hace ser tan flacos, débiles, inertes é inútiles, aleja aquella sed febril de gozar, que causa tanto daño á las costumbres de los individuos y tanta ruina al bienestar de las naciones, y cumple maravillosas pruebas de valor, creando en el orden intelectual las artes y la civilización, como en el orden moral aquellos prodigios de virtud y santidad que serán siempre la gloria más bella y pura de la humanidad. ¿Qué cosa hay sobre la tierra de verdaderamente grande, exclama el príncipe de los conferencistas de Italia (1) que no implique pena, prueba y lucha? Y sin lucha ¿dónde están los héroes? ¡Oh héroes del martirio cristiano y de la antigua civilización, ¿qué direis de nosotros, deseosos de hacer alarde en la arena con los nervios rotos é inválidos, faltos de experimento que nos aguerree?

Ni tampoco aquí concluye la virtud maravillosa del dolor santificado por el Corazón de Jesús, puesto que no solo los individuos en particular, sino tambien toda la sociedad en general tuvo por su tiernísima sabiduría un nuevo arreglo, un nuevo orden, más conforme á la justicia y caridad, largo y ancho para acoger á todos sin distinción.

Las antiguas sociedades, las sociedades paganas no eran otra cosa que una liga de pocos fuertes y audaces, contra una grande mayoría de débiles y medrosos; tenían, pues, una base estrecha, esclusiva y egoística. Para persuadirnos basta echar una ojeada á la historia antigua, no excluyendo ni siquiera la de la sociedad romana, que sin embargo fué indudablemente, sinó la mejor, ciertamente la menos mala y más extensa. Entonces Jesús proclamando bienaventurados á los pobres y afligidos, que constituyen más del noventa por ciento del género humano, fundó y bendijo al mismo tiempo una sociedad nueva, divinamente sólida en su base y universal en su extensión, una sociedad en la cual tuviesen puesto todos los hombres del mundo, colocando por primeros á aquellos que hasta entonces se hallaban en el último lugar. Con mucha razón, pues, observa un escritor tan piadoso como profundo, que en estas pocas palabras de Jesús existe una nobilísima filosofía, un código moral, sencillo y humilde, pero suficiente para salvar al género humano; en estas pocas palabras hállase comprendida y elevada á una altísima perfección, toda la ley del Sinaí, tanto que se puede decir con razón, que sobre el Sinaí fué dada la palabra de la ley, en el monte de las bienaventuranzas fué descubierto el espíritu y alcanzada la perfección (2).

(1) ALMONDA, *El Dogma de la Inmaculada*, Razon. V.
(2) CAPECELATRO, *La vida de Jesucristo*, c. XIII.

(1) Sofocles en la *Elettra*.

(2) Enrique Heine, este ídolo famoso de los así llamados veristas, publicaba, no hace muchos años, en la *Revue des deux mondes* estas horribles palabras: *El voto de nuestras instituciones modernas es la rehabilitación de la materia, su reintegración en todos los derechos; nosotros formamos una democracia de dioses terrenales, iguales en bienaventuranza y santidad* (Véase la obra, llena de tanta piedad, doctrina y elocuencia, del *Dogma de la Inmaculada* del cardenal Alimonda, Razon. V.).

(3) *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.* (MATHE., v. 5).

(4) Rom. VII, 23, 24.

Ahora bien: de aquí podemos colegir, oh beneméritos Cooperadores y Cooperadoras, cuán grande deba ser nuestra gratitud hacia el Sagrado Corazon de Jesús, de quien nos vienen todos estos bienes individuales y sociales, y cómo todos, pero muy en particular los que sufren, los afligidos, los infelices, deban aumentar su amor hacia El, y fomentar su celo en hacer conocer su poder y propagar su devocion.

Y puesto que esta devocion recibe, por decirlo así, su consagracion, su forma estable y perenne en aquel templo, que se levanta allá sobre el monte Esquilino en la Roma del Sagrado Corazon, ¡oh! allá tambien al terminar este año se dirijan nuestros pensamientos y nuestros votos, anticipando con la oracion y la limosna, el día afortunado de la consagracion de aquel monumento de reparacion, de amor y de fe. Vuestra caridad será recompensada copiosamente por el Corazon de Jesús, que ha asegurado á sus devotos un torrente de castas delicias en esta vida, y los celestes consuelos en aquella pátria, donde no habrá jamás llanto, ni dolor.

MISION POR LAS RIBERAS DEL RIO NEGRO en la Patagonia Setentrional.

REVERENDÍSIMO Y AMADÍSIMO SR. D. BOSCO:

En una de mis últimas describia á V. R. la excursion hecha por las riberas del Rio Colorado, la cual duró un mes y medio y produjo algunos frutos de conversion entre los Indios y las familias cristianas de aquellos alrededores. En esta le mando no solamente la relacion, sino tambien la descripcion de los viajes, la nota de las circunstancias más interesantes y las noticias de los episodios, que han acompañado la Mision más importante de todas las que se dieron en este Vicariato.

Esta duró 8 meses y medio; se recorrieron entre ida y venida, nada menos que 600 leguas, ó sean, cerca de 3000 kilómetros, y fué explorada la parte más poblada del vastísimo é inmenso valle de los Rios Negro, Neuquen y de sus muchos afluentes al noroeste de la Patagonia Setentrional, que comprende la inmensurable zona, dicha territorio del Rio Negro, que se extiende desde el Atlántico hasta las Cordilleras, las cuales señalan los confines entre la República Argentina y Chile.

Como V. verá por la carta etnográfica que le enviamos, hay señaladas más de 40 estaciones, donde nos hemos parado.

Esta larga Mision la comenzó en noviembre del año pasado 1885 nuestro Monseñor Cagliari, recorriendo la distancia de 80 leguas, y sujetándose á todos los incómodos del simple Misionero. Despues, debiendo él regresar á Patagones, para bendecir la nueva iglesia de Viedma, hube de continuarla yo en compañía de D. Panaro y un catequista, hasta el mes de julio del corriente año.

El Señor ha bendecido nuestras pobres fatigas, pues hemos podido instruir y bautizar á unos 1,200 entre Indios, indígenas y nacidos de familias cristianas. Se acercaron á los Santos Sacramentos más de 2000, de los cuales 350 comulgaban por primera vez, y se bendijeron 60 matrimonios.

Creo hacer una cosa grata á V. R., que ama tanto á sus hijos Misioneros y los acompaña con el espíritu, con el corazon y con la oracion, narrándole todas las particularidades y vicisitudes prósperas y adversas, de esta importante excursion apostólica del Rio Negro.

I.

Rio Negro.

Este es el rey de los rios de la Patagonia y lo forman el Limay, que recoge las aguas en el lago Nahuel-Huapi, y el Neuquen, al cual danle vida perenne las nieves de las Cordilleras de Chile.

Sus aguas dulces y cristalinas descienden majestuosa é imponentemente hacia el Océano Atlántico, con el cual se unen.

Para su mayor comodidad se hizo un paso de unas 300 leguas de largura, y es más ó menos ancho segun que se le antoja serpentear por aquel valle inmenso, rico de buenos pastos, sombreados por viejos árboles llorones y poblado con frecuencia de matas y otras muchas plantas. De una á la otra parte del Rio, desde el mar hasta las Cordilleras, vense vastísimas llanuras, islas formadas por los rios, y pequeñas colinas pobladas por las tribus y colonias en formacion.

Y como la agricultura está todavia en sus principios, toda esta gente vive del producto de mil y mil ovejas, bueyes, vacas y caballos (no hay asnos ni mulos) que naecen, viven y mueren al aire libre. Y sus carnes, como las de los *salladeros*, mantienen en gran parte á los Estados Unidos, y sus pieles calzan y visten á la vieja Europa.

El *guánaco* y el *avestruz* proveen comida y vestido al indigena.

II.

1. Preparativos - 2. Salida - 3. Repentino inconveniente - 4. Llegada á S. Javier - 5. La santa Misa en casa de Los Linares.

1. Algunos días antes de la salida para la Mision, nuestro Sr. Obispo se había ejercitado en cabalgar por los alrededores de Patagones; lo mismo había hecho nuestro Zanchetta que debía asistirlo en cualidad de doméstico y hacer tambien de catequista.

Yo acababa de llegar de la Mision del Colorado, con un pequeño número de caballos.

El Gobernador, condescendiendo á un deseo manifestado por nuestro señor Obispo, habiale asignado un soldado de ordenanza para que le hiciese escolta de honor; y uno de los más grandecitos de nuestro pequeño Hospicio hacia de correo.

2. La mañana, pues, del 3 de noviembre del 1885, celebrada la santa Misa, Monseñor dejaba á Patagones, pasaba el Rio Negro sobre un pequeño bote y se dirigia á Viedma.

Allá teníamos ya preparados nuestros 10 caballos, que nos esperaban desde la noche anterior á las orillas del Rio.

Encontrábanse presentes á la salida, D. Fagnano, D. Riccardi, secretario, D. Remotti, D. Pestarini y otros clérigos nuestros.

Monseñor, metióse, como ya lo habíamos hecho nosotros, las botas, que le llegaban hasta las rodillas, cubrióse con un poncho negro para repararse del polvo y púsose en la cabeza, con dos pedacitos de lana, una felpa negra francesa. ¿Y las insignias obispaes? Las llevaba en el bolsillo; y los necesarios ornamentos sagrados, en la pequeña maleta, sobre las espaldas de un caballo.

Cargado el altarcito portátil sobre otra cabalgadura y ensillados nuestros diestros con paños y cobertores de lana, que debían ser nuestra única y blanda cama durante el viaje, montamos en el arzon y salimos *in Nomine Domini*.

Monseñor había recomendado á Zanchetta su balandrán, para ponérselo cuando hubiese de bajar en las diversas estaciones de la Mision. Pero por desgracia, poco práctico á cabalgar, debió tener más cuenta de su persona que del lio de Monseñor, de suerte que sin hacerse de cargo, por no caer él, cayó el balandrán.

El camino recorrido no tenía sendero, pues se hallaba en medio de interminables praderias, y por esto, á pesar de haberlo buscado minuciosamente, no lo pudimos encontrar. Monseñor hubo de estar, durante todo el tiempo de la Mision, con la sola sotana negra y el poncho de viaje.

Otro contratiempo vino á impedir la marcha. Se desató la cuerda que tenía atado el altar portátil y otros arneses, que llevábamos para la Mision, y se debió perder otra buena media hora para arreglar el equipo.

En tanto los 6 caballos sueltos que debían sustituir á los cansados, despues de algunas leguas de camino, se habian dispersado, y se necesitó otro poco de tiempo para reunirlos.

Monseñor y yo que nos habíamos adelantado un poco, tuvimos que esperar una hora y media en el campo, con un sol abrasador y con un continuo movimiento de los caballos impacientes, sin poder ni siquiera disfrutar de la sombra de un árbol.

— ¿Y sucede siempre así cuando se va en Mision? me dijo el Sr. Obispo.

— Poco más ó menos, respondí yo, pero no tanto como hoy, pues parece que el demonio quiera interceptar el camino.

— Entre tanto, mientras esperamos, añadió, escuche esta: Precisamente en este sitio, serán como dos años, el caballo cargado con el altar se espantó, no sé por qué, y comenzó á correr tan precipitadamente que me creí hiciese trizas la cajita y su contenido. Venia conmigo un niño de unos 12 años de edad. Viendo esto, corrimos tambien nosotros á más no poder detrás del animal,

pero no lo pudimos alcanzar, hasta que ya cansado quiso pararse él mismo. Y fué una gran fortuna que no se rompiesen las cuerdas del lio, pues de lo contrario, ¡adios altar! En otra circunstancia encontrándome á unas 50 leguas más distante, se me espantó otro caballo que llevaba los equipajes y se puso á correr de una manera desesperada. Esta vez se desató el lio y cayó todo por tierra. El animal, al sentir los golpes que recibia por los lados de las cosas que caian, mucho más espantado, comenzó á menearse y á dar coces desesperadamente hasta que se soltó la carga, haciéndose pedazos las dos cajitas que llevaba, sembrando por el campo libros, rosarios, estampas, etc., etc., y quedando solamente intacta la Piedra Sacra, el cáliz y los sagrados ornamentos.

Mientras entretenia de este modo á Monseñor nos habian alcanzado Zanchetta y el arriero con los caballos.

Aflojamos las riendas, y todos reunidos nos fuimos galopando, de suerte que en tres horas pudimos llegar á S. Javier.

4. Eran las 11 de la mañana; habíamos recorrido 15 kilómetros de camino.

S. Javier es una antigua colonia fundada tambien por los Españoles. Las casas no están reunidas, sino esparcidas acá y acullá. No hay capilla, ni cementerio; y el Gobierno abrió una escuela de párvulos en el año 1879.

Hasta ahora la Mision se ha dado en el salon de dicha escuela.

La poblacion, segun el último censo, consta de unas 1000 almas.

En este pueblo nos hemos parado 4 dias.

Fuimos hospedados por el maestro, que es Aleman, y su señora, de nacion suiza, quienes nos trataron muy bien.

Monseñor y yo dormíamos sobre un catre, á un lado de la escuela y en medio de los bancos. Zanchetta y los demás sobre la yerba y al aire libre.

Visitamos en el primer dia á las familias principales, y entre ellas la de Linares con su numerosa progenie, los cuales se ocupan en pastorear el ganado.

Estos Indios son cristianos y algun tanto civilizados y están en buena relacion con los Salesianos. Ellos y los demás habitantes de S. Javier, enviaron sus hijos é hijas á las pláticas y funciones sagradas de la mañana y tarde.

Para señalar la hora de la reunion, á falta de campana, se izaba sobre un palo alto una bandera, la cual vista desde lejos por los Indios, acudian en grupos de dos, tres y tambien cuatro, montados sobre un solo caballo.

Hacíamos el catecismo por la mañana y tarde. Nuestro Sr. Obispo predicaba sobre las verdades eternas y sobre la necesidad de la Comunión, aconsejándonos despues en las conversaciones que con nosotros tenía particularmente, á que le imitásemos siempre en este punto, en verdad un poco olvidado por el pasado, y diciéndonos además que sin Comuniones para nada sirven las Misiones.

Mientras nuestro Sr. Obispo se ocupaba en la plática de los jóvenes y de las jovencitas en el local de las escuelas, yo recorrí algunos ranchos del campo, enseñando la doctrina á varios Indios, preparando á unos al santo Bautismo y á otros á la sagrada Comunión.

Habiendo reunido un cierto número, Monseñor mandó aviso al señor Linares, diciéndole que deseaba vivamente celebrar la santa Misa en su casa. Después, terminada la función en S. Javier, nos fuimos á la referida casa, que se encontraba á una legua de distancia. Zanchetta, el arriero y el soldado nos precedieron, y como ninguno era práctico del camino, al separarse del sendero tomaron un camino mucho más largo por medio de una espesa arboleda, de suerte que los perdimos de vista, y Monseñor y yo llegamos allá solitos. ¿Quién sabe que cosa les habrá sucedido? ¿Se habrán vuelto atrás? Esto pensábamos nosotros no sin alguntemor, viendo que la hora hacía tarde y ellos no comparecían.

Nuestro Sr. Obispo estaba todavía en ayunas, pues se había propuesto celebrar la santa Misa. En esta incertidumbre, dejando solo á Monseñor, monté á caballo y me fui en busca de los perdidos compañeros. Es de advertir que precisamente en aquel sitio hay dos pasos muy fangosos, formados por las crecidas del río y peligrosos para quien no es bastante práctico. Después de haber empleado una hora en buscarlos, finalmente los encontré á media legua distante de la casa, sin novedad alguna. Tal retardo fué debido á haberse por el camino desatado los equipajes.

Llegados á la casa de D. Mariano Linares, encontramos una habitación preparada, y en ella montamos el altar.

Habían venido las familias de otros dos hermanos suyos, ricos propietarios de rebañíos y vastísimos terrenos. Uno de estos tuvo el grado de capitán en el ejército, por haber combatido con los Indios salvajes.

Oídas las confesiones de los niños en un rincón, y de las niñas detrás de una tienda, Monseñor celebró la santa Misa.

En aquellos alrededores había también algunas docenas de infieles, venidos últimamente de la tribu de Namuncurá.

Fuí á verlos y tenté enseñarles alguna cosa de la fe, pero los encontré tan duros y obstinados, que habiendo hablado con Monseñor, se pensó dejar para otra ocasión tal tentativa. En efecto, la experiencia de algunos años nos persuadió que, echando la semilla de la Divina Palabra en aquellos corazones, produjo después de mucho tiempo, buen fruto. Concluida esta pequeña Misión, en la cual se hicieron 16 comuniones, varias confirmaciones y algunos bautismos nos prepararon una modesta refección en el mismo sitio que habíamos puesto el altar. Nos sirvieron carne asada y un poco de vino. ¡Pero en cuanto al pan, era una cosa seria! Pues á pesar de que querían tratar á Monseñor con toda finura y delicadeza, la India que nos servía cogió un lio de un armario. Era un pañuelo de color, que contenía siete ú ocho pedazos de pan seco y ahumados, y nos pareció

tan bueno que nos comimos hasta las migajas que caían sobre la mesa.

III.

1. El Potrero Cerrado, caída en el agua - 2. Un obstinado se convierte - 3. Salto mortal.

1. Disminuido un poco el calor y arreglados nuestros equipajes, nos dirigimos hácia un lugar llamado el *Potrero Cerrado*.

Sucedió, pues, que debiendo pasar por una zanja, cuyo fondo era sumamente fangoso, el caballo que nuestro señor Obispo montaba, puso la pata en falso y dejóse caer en medio del agua, y con el caballo cayó también el caballero.

No encuentro palabras para expresar el efecto que me hizo aquella caída: nos pusimos todos pálidos. Monseñor, si bien había dado un salto hácia la orilla, no pudo llegar á ella y se empantanó hasta la cintura. Corrimos todos, Zanchetta, el soldado y yo, para ayudarle; pero él se había puesto ya en salvo, menos asustado sin embargo que el caballo, el cual, mortificado quizá por haber tirado al agua á un Obispo, comenzó á correr desesperadamente. Quiso además la desgracia que, siendo el paso breve, Monseñor no se había puesto las botas, de modo que se mojé todo enteramente.

— ¿Y ahora, cómo hacer? No teníamos más ropa para cambiarnos.

— Volvamos, dijo Monseñor, volvamos al campamento y lavémosnos otra vez.

De este modo, habiéndose lavado los zapatos y la sotana con otra agua más limpia, monté á caballo, y después de tres horas de marcha, con fuerte viento y mucho sol, encontré de nuevo seco. Llegamos á una hermosa pradera sembrada de casas y cerrada entre las riberas del río y un pequeño montecito, llamada por esto *Potrero Cerrado*.

Aquí no sabíamos donde alojarnos. Mientras Monseñor caminaba paso á paso, me dijo:

— Tú vé delante, y avisa por todas estas cabañas que llegaron ya los Misioneros, y sin hacer pregunta alguna, acepta la hospitalidad en el primer sitio que te la ofrezcan. Dió, pues, el caso que la primera familia á la cual me presenté, fué precisamente la destinada por la Divina Providencia. Una piadosa mujer llamada Leonarda, sabía ya que debíamos llegar, y á tal fin había combinado con una vecina suya el ofrecernos una habitación, para tener el grande consuelo de oír la santa Misa y practicar sus devociones. Además, había preparado algunas familias de Indios para recibir el santo Bautismo, á otras para bendecir su matrimonio y á otras, en fin, para disponer á sus hijos á la confesión.

2. Aquí nos detuvimos dos días, predicando, confirmando y bautizando á varias personas, entre las cuales es digno de notarse un grande pez, al cual yo no había podido pescar en los años anteriores, y Monseñor supo cogerlo con mucha habilidad, yéndole á hacer una visita á su cabaña. Este Indio vino después con su mujer á celebrar

el santo matrimonio y con la familia para legitimarla. Nuestros buenos mesoneros habrían querido preparar quién sabe cuántas cosas á nuestro Monseñor, y no concluían de exclamar, que á pesar de haberlo buscado mucho, no habían podido encontrar pan ni vino para obsequiarle.

— ¡Oh! tranquilizaos, respondía él, nos habeis dado vuestras almas, ¿y qué queríais darnos todavía? Por lo demás yo os aseguro que vuestra alegría es para nosotros lo mejor que podemos comer, y el carnero que nos habeis cocido tan sabroso, como también el agua salubérrima del río, no lo come ni bebe aún el mismo Czar de toda la Rusia.

Nos despedimos de ellos, y dirigimos nuestros pasos hácia otro centro de casas llamado *Esperanza* por la fertilidad de su terreno.

3. En el camino nos sucedió otra desgracia, la cual hizome pensar que el demonio no estaba nada contento con nuestra Misión.

La cabalgadura, cargada con el pequeño equipo y el altar portátil, quizá cansada y envidiosa de ver á sus compañeros correr ligeros y sin carga alguna, comenzó á saltar y bailar, en modo de querer tirar la carga. El caballo que nuestro Monseñor montaba era bastante brioso y viendo al otro, comenzó también á saltar y bailar, de suerte que no pudiendo por el cansancio sostenerse sobre el arzon, soltó las riendas y dando un salto se echó al suelo, pero á pesar de ser tan buen gimnástico no pudo caer derecho por más que hizo, habiéndoselo impedido el estribo.

Dejo pensar á V., Rdo. Padre, el susto que todos llevamos. Pero, gracias á Dios y á María Auxiliadora, Monseñor se halló como sostenido por una mano invisible, y no se hizo mal alguno. Seguimos nuestro camino, galopamos pocas horas y llegamos á la cabaña de un Indio bautizado, con el nombre y apellido de su padrino, llamado Clemente Nuñez.

Allí estuvimos todo el día, y mientras yo corría á avisar la gente por los alrededores, Monseñor había recogido una hermosa corona de jovencitos, á los cuales enseñaba á hacerse la señal de la Santa Cruz, á la manera que lo hacen en el asilo infantil.

Zanchetta barria entretanto y preparaba la cabaña para reducirla á catedral.

De esta Misión participaron los colonos del vecindario, entre los cuales hallábase una buena familia del Vicentino, la cual lloraba al oír hablar á nuestro Sr. Obispo del Santuario del Monte Berico y de los hermosos campos de la Lombardia, y decían: — Creíamos que viniendo en América, encontraríamos una buena fortuna; y por el contrario vemos ahora que dejamos el paraíso de nuestros países, para sepultarnos en el infierno de estos desiertos.

Y Monseñor: — Teneis razon, y yo no aconsejaría á ningun Italiano, á que abandonase el buen ejemplo de nuestros pueblos católicos, para venir á perder su alma en estos países.

IV.

1. Cubanea y colonos italianos - 2. Una familia modelo - 3. Muerte de nuestra Tabita.

1. Dejadas las llanuras de la *Esperanza*, nos dirigimos á otra muy extensa y bastante fértil llamada Cubanea, ocupada por muchas familias, la mayor parte italianas. La familia que hospeda casi siempre á los Misioneros es la de Bartolomé Serra, oriundo de los alrededores de Bobbio.

2. Este nos trató siempre con todas las atenciones posibles.

Su buena mujer acogió á Monseñor con grande trasporte de alegría. Cedióle la mejor habitacion, y contenta porque finalmente encontraba quien sabía responderle en dialecto piemontés y genovés, empeñábase en preparar con toda solicitud las cosas mejores. Sacó del horno el pan fresco, asó los carneros más gordos y preparónos un plato de fideos de los más exquisitos.

La buena mujer solo sentía el no tener otra habitacion para preparar la mesa; de suerte que tuvimos que comer en la cocina, en medio de la cual ardía un poco de fuego y alrededor de él comía la buena familia. Y como todos eran buenos cristianos, nuestro Sr. Obispo se encontró contentísimo de considerarse como de la familia, y comimos también nosotros en la cocina, ennegrecida por el humo, sí, pero embellecida por la sencillez excepcional de nuestros mesoneros. Para completar la familia, faltaba solamente uno de sus caros hijos de 16 años de edad, ¡Fué muerto por los Indios, dos años hace!

Nos paramos cuatro dias; visitamos el vecindario, invitándolo á la Misión. La capilla fué improvisada en una pequeñita choza abandonada, bajo las ramas de un viejo *ombú*. Aquí sobre algunos troncos de árboles pudimos preparar el altar, y sentado sobre uno de ellos, Monseñor predicaba y confesaba. Por la mañana y por la tarde, tanto los que vivían cerca como lejos venían á las funciones, avisados por una toalla blanca que se enarbolaba sobre una larga pértiga. Un dia que el viento soplabá horriblemente, y levantaba del suelo turbiones de polvo, tierra y hojas de árboles, nuestro Sr. Obispo mandó cerrar, mientras celebraba la santa Misa, la única ventana y la puerta. Creimos por el momento que quedaríamos á oscuras, pero no fué así. La luz penetraba tranquilamente por el tejado todo roto y arruinado, de suerte que Monseñor pudo leer muy bien en el pequeño misal de Misión.

En Cubanea hicimos una buena pesca de hombres, los cuales se acercaron á los Santos Sacramentos. Y esto, debido al buen ejemplo de nuestra Tabita, la cual preparó toda su familia á recibir la Santa Comunión, y decía: — Aprovechémonos ahora de la gracia del Señor, á fin de que si caemos enfermos aquí donde no hay sacerdotes, ni iglesias, podamos morir sin Sacramentos. Y fué una verdadera profecía.

3. Nuestro Sr. Obispo, regresando de Buenos Ayres, pasaba un dia por el Río Negro en direccion á Viedma. Viendo pasar, muy cerca de la

suya, cuatro barcas, preguntó á los marineros de dónde venían. — De Cubanea, respondieron. — ¡Oh! y ¿qué noticias nos traéis de allá? ¿Qué cosa lleváis envuelta en aquella barca? — Una difunta. — ¿Quién ha muerto? — Magdalena Serra! — Monseñor quedó sorprendido á estas palabras!

Era nuestra buena mesonera.

Entonces, descubriéndose la cabeza, desde la ribera del río bendijo al cadáver, pidiendo al Señor su eterno reposo.

Dichosa ella, que vivía como buena cristiana, y se había aprovechado del pasaje de Monseñor.

V.

1. Primera Angostura. - 2. La clueca - El sapo - La víbora - 3. Segunda Angostura - 4. Aventuras y cuentos - 5. Payleman.

1. Desde Cubanea nos fuimos al monte Bagual en donde bendijimos un matrimonio, recogiendo unas veinte comuniones, bautizando y administrando el Sacramento de la Confirmación á cuatro Indios, cubiertos miserablemente con pieles de cabrito. Al día siguiente por la mañana fuimos á acamparnos cerca de algunas chozas, en un lugar llamado, por la estrechez del pasaje que hay entre el río y el monte, *Primera Angostura...*

Nos alojamos tres días en el modesto rancho del Indio, D. Bartolo Alfaro, cristiano, el cual desocupó una de sus tres ó cuatro chozas, y nos la asignó para que la convirtiésemos en capilla y nos sirviese al mismo tiempo de palacio episcopal, refectorio y dormitorio.

2. Pero aquí tenían también antiguo derecho de habitar dos cluecas, una con su numerosa familia, y la otra con su nido de paja y huevos para empollar.

Verdaderamente se portaron muy bien con nosotros, contentándose la primera con venir al anochecer á recoger sus pollitos; y la otra estándose tan tranquila desde la mañana hasta la tarde en su nido y particularmente durante todo el tiempo de las funciones. Una vez, después de la comida, Zanchetta, el arriero, el soldado y yo, descansábamos á la sombra de un árbol situado á la orilla de un lago, y Monseñor estaba sentado sobre su catre rezando el Breviario, cuando en un momento la gallina saltó del nido precipitadamente. Monseñor sospechó alguna cosa, y, acercándose para ver lo que era, vió un asqueroso sapo de cuatro libras al menos; y sin estorbar á ninguno, hizolo escapar, y la clueca volvió tan contenta á su respectivo nido.

Pasaron pocas horas, y Monseñor que todavía estaba leyendo, oye otro ruido mucho más fuerte que el primero, y ve que la gallina escapaba con mayor precipitación. ¿Qué cosa será esto? Pues nada menos que una grande víbora, más larga de 50 centímetros. Entonces Monseñor llama al Dueño de la casa, quien, cogiendo un garrote, dióle un fuerte golpe sobre la cabeza, y dejola enteramente muerta, quedando de esta manera todos tranquilos.

Y aquí creo á propósito notar una clase de arañas que vagan ordinariamente por este campo y alguna vez se introducen dentro de las casas. Es un reptil de los más venenosos, bastante grande y á quien muerde es muy difícil, si no aplica pronto el remedio, que se salve.

En este lugar otras veinte personas se acercaron á los santos Sacramentos. Monseñor confirió el Sacramento de la Confirmación á grandes y á pequeños, bautizamos á algunos Indios, entre los cuales dos jovencitos nada menos que de 60 años uno, y el otro de 70 *et ultra*.

Quizá V. R. preguntará: «¿Y cómo se confiesa en Mision?» — Respondo: los hombres en cualquier sitio; el penitente arrodillado en tierra, el Misionero sentado sobre una piedra ó tronco de un árbol. Las mujeres se confiesan en cualquier rincón, cerrado desde uno al otro lado por medio de una sábana ó cobertor. Por de fuera pónese la penitente y dentro el confesor sentado ó arrodillado, según que haya ó no donde sentarse.

3. Por la noche, y precedidos por el soldado que mandamos como precursor, llegamos á una estacion, llamada *Segunda Angostura*, por la razon que ya dijimos arriba de la estrechez del pasaje, después del cual se sale á una interminable llanura. Aquí habita el Indio Morales, un antiguo Thehuelche, gigante por su elevada estatura y robustéz; cristiano sí, pero todavía ignorante y rústico; no sabía qué cosa fuesen los Obispos. Y por esto á nuestra llegada continuó con sus piernas cruzadas y sentado en tierra.

Su mujer, emparentada con los Linares de S. Javier, y ya un poco avanzada en edad, estaba también á la puerta, vestida con su bata india, que le cubría todo el cuerpo menos los brazos; no se movió tampoco, considerándonos quizá como de casa. No así la hija, educada un poco más bien que ellos. Esta se acercó á Monseñor, y, avisada por mí, le besó el anillo. Y además nos sirvió no poco para ayudarnos á instruir á sus compañeras y otras muchas niñas, que habían venido desde muy lejos á la Mision.

En tanto que se conversaba y la luciente y blanquísima luna descubriase por el horizonte, yo hiceme de cargo que el fuego de la cocina se había apagado. Entonces, dije á la dueña que después de un viaje tan largo é incómodo nos encontrábamos más que dispuestos para tomar alguna cosa. Arreglámonos como mejor pudimos comiendo un poco de carne de carnero, á la claridad de la luna.

Las pobres mujeres no habían podido todavía asignarnos una habitacion para poder descansar, por cuyo motivo yo púseme á preparar una cama para nuestro Monseñor. Obtuve y con dificultad una sábana y algunas pieles de cabra y colcádalas sobre un tablado debajo de un sotechado que no impedía el poder contemplar las constelaciones celestes, lo saludé dándole las buenas noches. Viendo que Zanchetta y los otros dos dormían ya con sumo gusto extendidos sobre la yerba, me eché también yo con dos cobertores sobre una tabla del pequeñito horno, que todo lo cocía menos

el pan, y encomendándome á Dios y á María Auxiliadora, me quedé dormido.

3. Por la mañana temprano me levanté y fui inmediatamente á ver á Monseñor para darle los buenos dias. Pero en vez de él me encontré á 6 grandes perros que dormían encima y debajo de su cama. Salí al campo y me lo veo tan alegre, que regresaba de la vecina laguna con su toalla bajo el brazo. Habíase ya lavado y cepillado el polvo del dia anterior.

La noche siguiente, habiendo él cedido el referido sotechado á algunas familias de Indios, que habian venido desde muy lejos, tuvo que dormir muy cerca de mí, sobre una cama más baja y segura; ¡en el suelo!

A estos Indios y en general á todas las familias que venían de lejanos lugares á la Mision, además del alimento espiritual de la Palabra de Dios y de los santos Sacramentos, debíamos tambien proveerles, á nuestras expensas, el alimento corporal, á fin de no obligarlos á que se fuesen en ayunas á sus propias casas.

Pero esto es lo de menos, con tal que se salven las almas.

Catequizamos durante los dos dias y bautizamos á los Indios adultos instruidos, como mejor pudimos, y no pocos niños de familias cristianas. Monseñor los confirmó y esperaba tambien una numerosa Comunión; con tal fin habia recomendado á todos los circunstantes que ninguno á la mañana siguiente tomase el *mate*, que es la bebida predilecta que ellos tienen. Si lo entendieron ó nó, yo no lo sé; el caso es que poquísimos se hallaron en ayunas.

Hay entre esta gente una costumbre ya arraigada, y es que cuando se bautiza á algun niño, ó se celebra algun matrimonio, dan un baile. Algunos de aquellos Indios, sabiendo que al dia siguiente tendria lugar el bautismo y matrimonio de varios compañeros suyos, vinieron con una guitarra, y antes que se comenzase la funcion, hacian ya oír sus disonancias, como preludio de la vocinglería que habrian de armar, dentro de pocos minutos.

Hizose necesario toda la paciencia de Monseñor y la autoridad del dueño de la casa, para obtener que suspendiesen el baile hasta el dia siguiente, despues de nuestra salida.

4. Es notable la facultad perceptiva y la viva imaginacion de estos Indios. Llegada la noche del primer dia de nuestra Mision, Monseñor, sentado sobre unas malezas, se entretenía con Morales, contándole algunas cosas de Europa.

Maravillábase el Indio al oír hablar del Papa, que es cabeza de más de doscientos millones de cristianos; de la suntuosidad de Roma, y de las ciudades más importantes de Italia.

No hacia otra cosa más que exclamar: — ¡Oh! ¡qué cosas grandes! ¡Oh! ¡qué grandes cosas!

Cuándo le habló despues de Turin, de D. Bosco, de nuestro Oratorio con sus mil jovencitos, miraba sus ovejas, á las cuales desearia matar para dar de comer á todos esos niños. Y refiriéndole de nuestras altísimas casas de cuatro, cinco y hasta seis pisos llenas de gente, alzaba poco á

poco los ojos como midiendo, y despues bajando la cabeza, hacia como que temía le cayesen encima.

Estas cosas entretenían á nuestro buen Mesonero y lo alegraban.

Pero yo estaba no poco mortificado, puesto que debíamos salir, y 3 de nuestros mejores caballos, entre los cuales tambien el de Monseñor, se habian escapado, sin pedir permiso alguno. Mandé al soldado fuese á buscarlos (despues de ocho dias los encontró y nos alcanzó), y á la mañana siguiente salimos con los que nos habian quedado y nos dirigimos hácia la estancia del Indio Payleman.

5. Lo habíamos encontrado por el camino, y nos esperaba ya desde algunos dias en su casa. Payleman es un buen Indio cristiano y bastante rico, y habla un poco el español.

Llegados despues de cuatro horas de galope, atravesando llanuras interminables, no muy lejos de sus ranchos (casitas de tierra y madera) hacia muchísima niebla, y no sabíamos por donde tirar.

Allá á lo lejos vimos levantarse una espesa polvareda. — Debe ser algun rebaño de ovejas que se retira al corral, dijimos; — Dirijámonos, pues, hácia allá. — Y fué una buena suerte. Un hermoso niño Indio, entendió la pregunta que le hizo en su idioma, y me respondió inmediatamente que él era uno de los pequeños zagales de Payleman.

La señora, que es una buena Valdiviana de las Cordilleras de Chile y un poco instruida, nos esperaba ya, y además nos habia visto desde muy lejos, entrar en sus tierras.

Recibió muy cortésmente á Monseñor, y presentó sus seis hijitos, que corrieron á besarle el anillo.

Nos proveyó de agua, jabon y cepillo. Despues nos trajo agua fresca del Rio, que pasa muy cerca de aquí, mandó calentar el *mate* y nos preparó una cena compuesta de pan y carne.

La buena y precavida mujer, no usándolo la familia, habia mandado traer el pan de una casa, distante de allí unas seis leguas.

Se puso una sola mesa para toda la familia. Nosotros teníamos una botella de vino y lo repartimos entre toda la familia. Dormimos en buenas camas; y por la mañana temprano celebramos la santa Misa é hizimos rezar á todos, las oraciones. Bautizamos despues á cinco Indios y salimos para la Cojonia Conesa.

La precaucion y prudencia exigían que llegásemos antes de las once de la mañana, á fin de librarnos del fuerte sol que abrasa aquellas llanuras y es perjudicial á todos los que pasan por aquel camino.

Pero he aquí otro impedimento, pues el caballo que llevaba el equipage, imitando el mal ejemplo que sus compañeros le habian dado, mueve la carga y amenaza de tirarlo todo. Nos paramos un buen rato para atender á esta necesidad y entonces fué cuando Monseñor me preguntó: — ¿Cuál es el Santo protector de estas desgracias? — Santa Paciencia, respondí yo. — Pues bien, encomendémonos á esta Santa,

á fin de que nos acompañe desde ahora en adelante.

Y de este modo, riéndonos un poco de cuando en cuando, el viaje por el desierto, nos pareció menos largo y más llevadero.

VI.

1. Conesa - 2. Buena acogida - 3. Misión - 4. La cola del caballo - 5. Perjuicios - 6. Travesías - 7. El Turco - 8. Quien tiene tiempo, no espere.

1. Después de tres horas de buen galope, llegamos al medio día á Conesa. Desde el año 1879 que fué declarada colonia, con el número de unos 500 Indios, bajo la dirección del Gobierno, el cual les pasaba la ración. Pero á causa de la mala administración de los que estaban á la dirección, no dió ningun buen resultado.

El Gobierno, viendo que después de tres años no mejoraba, retiró la ración y los Indios se esparcieron por varios puntos de la Patagonia. Sin embargo, se quedaron en los alrededores, algunas familias que tenían ya un buen capitalito.

Además de estas, hay hoy en Conesa y en sus alrededores algunas familias, la mayor parte españolas, y otros emigrados de la Europa, alemanes de nación, y protestantes de religión.

2. Aquí fuimos hospedados por el Sr. alcalde, D. Mariano Rodríguez. En los tres días de nuestra permanencia vinieron á obsequiar á Monseñor, el Comisario de la colonia y el maestro de escuela, D. Dalmiro Payera.

3. Recogimos como unas treinta comuniones, y además algunas Confirmaciones y Bautismos.

Monseñor, si bien desea siempre mucho, sabe sin embargo contentarse también con el poco, y se consoló diciendo: « Nuestro amadísimo Don Bosco dice que nosotros por lo de ahora hemos venido solamente para sembrar; otros vendrán á recoger. ¡Luego, ánimo y adelante! Estas treinta comuniones se multiplicarán un día hasta 300, después hasta 3000, y después..... después será lo que el Señor querrá de estos pobres habitantes del desierto ».

4. El día de la salida hacía un viento tan fuerte, que nos hizo dudar por un instante, si sería ó no conveniente exponernos á la prueba. Era necesario pasar á la otra parte del Río, y éste con sus agitadas olas nos hacía temer y dudar no poco.

Pero como Monseñor tenía el tiempo limitado, dijo que si los caballos podían vadearlo, lo pasaríamos también nosotros. Salimos, pues, al Norte de Conesa.

Echáronse á nado los caballos, y los caballeros metiéronse en un bote. Llevábamos dos buenos remeros; pero cuando llegamos á la orilla, no podíamos saltar en tierra á causa del fuerte viento y oleaje que hacía. De suerte que, tuvo que echarse al agua el timonero y asiéndose con fatiga á la orilla, corrió para coger á uno de nuestros caballos, y atándole fuertemente á la cola una cuerda que nosotros teníamos agarrada

por un extremo, y á fuerza de gritos, pudo con grandísimo trabajo acercarnos hácia la orilla. Vencida esta dificultad, presentábase aún otra.

Vadeado el río, nos quedaba la operación de reunir los caballos y cargarlos, y en hacer esto empleamos una hora larga.

El calor, por más que el sol habíase puesto ya, era excesivo, y en la ribera del Río por aquellas partes no había ni siquiera un árbol. Monseñor se refugió debajo de un césped poblado de juncos, único residuo dejado allá por la voracidad de las langostas, que lo habían roído y devastado todo hasta las raíces.

Mientras nuestro Sr. Obispo descansaba un poco, Zanchetta, los otros dos y yo, fuimos á buscar los caballos que se pastaban esparcidos por el campo.

Una vez reunidos, los cargamos y nos preparamos á la marcha.

5. Montados todos en los arzones, recorrimos como unas dos leguas, para bendecir un matrimonio en una familia.

Era el lunes á la caída del sol, por cuya razón, creímos sería mucho mejor celebrarlo al día siguiente por la mañana después de la santa Misa.

Pero no pudimos persuadir al novio á que esperase hasta el miércoles. Y esto por la superstición de que el matrimonio celebrado en dicho día, debe dar malos resultados. Y por esto suelen decir: *De viernes y miércoles ni te cases, ni te embarques.*

Suplicaba, pues, el novio á Monseñor que bendijese en aquella misma tarde del lunes el matrimonio, ó bien esperaría hasta el miércoles. Viendo Monseñor que no era posible hacer cambiar de opinión á aquel pobre jovencito, condescendió, pero con la condición de que también él le daría la satisfacción de verlo acercarse á la sagrada Comunión, en la Misa del día siguiente.

Por cuyo motivo preparamos inmediatamente el altar en la habitación mas espaciosa, se confesaron los novios, y recibieron la bendición nupcial. Fieles á la promesa, al día siguiente hicieron con mucha devoción la santa Comunión, juntamente con un hermano de la novia, ya bastante grandecito, el cual comulgaba por primera vez.

6. Administrados algunos Bautismos y varias Confirmaciones, nos fuimos hácia la ribera situada al Nordeste del Río á fin de regresar á Patagonas. Habíamos visitado toda la orilla derecha del Río Negro hasta Conesa. Nos quedaba aún por visitar la de la izquierda, y lo hicimos corriendo, porque Monseñor era esperado para bendecir la nueva iglesia de Viedma, y aprovechándose de la ocasión, metióse en un cabriolé en compañía de D. Tomás Castre, alcalde, y nosotros á caballo, nos dirigimos todos á su casa donde nos paramos un poco y bautizamos á dos pequeñitos Indios. Dejado pasar el calor del medio día, ensillamos nuestros caballos para hacer una de las así llamadas *travesías*. Esta si bien no era de las más terribles, no dejaba de ser bastante seria. Se trataba de pasar de una sola vez por una llanura de 40 kilómetros de

largo, y por medio de senderos estrechísimos y llenos de zarzales y matas.

El camino por dichas travesías es difícil y peligroso. Hay muchos rodeos, hechos por los animales que van solos é instintivamente á beber al río, y si el pobre viajero llegara á equivocarse, correría peligro de meterse en un laberinto, del cual no saldría tan fácilmente.

He dicho que debe hacerse de una sola vez, porque no hay oásis alguno para pararse, ni tampoco un sitio donde poder beber un vaso de agua. Por lo tanto, calculada la fuerza de los caballos, de dos leguas por hora, salimos á las 4 de la tarde, con intencion de llegar al referido puerto, llamado el Turco.

Pero el cálculo no nos salió bien. Habíamos corrido más de cuatro horas por entre aquellas espinas, sobre terreno duro y pedregoso, y los caballos estaban ya cansados, y particularmente uno, al cual tuvimos que dejar atrás, en medio del desierto (lo encontramos 4 meses despues, en Pringles). Cogiónos la noche y era tan oscura, que no podíamos distinguir el camino.

Soltamos, pues, las riendas dejamos á los caballos nos llevarán por donde quisiesen, y ellos andando continuamente por entre aquellas matas y habiendo sentido quizá, á bastante distancia, el olor del agua, pusiéronse á correr por la mucha sed que tenían, y fuimos á parar á un sitio muy cercano al Turco, puerto situado á las orillas del río.

7. El Turco, pequeña choza de tres habitaciones, es llamada así por un Montenegro, que la edificó á expensas suyas. Pero no Turco, sino más bien debía ser cismático Griego. Era sin embargo, bastante atento y cortés con las personas que por aquellas partes transitaban, y vivía en compañía de un Negro.

Varias veces hospedó á nuestros Misioneros, y nunca quiso recibir dinero alguno en recompensa. Al llegar, nosotros nos hallábamos muy cansados y tambien en buena disposicion de cenar. El nos recibió bastante bien: al instante mandó á su Negro (que hablaba á las mil maravillas el dialecto genovés) nos preparase una exquisita tortilla, con pan fresco, queso y una buena botella de Bordeaux, con todo lo cual pudimos restaurar nuestras fuerzas perdidas.

Dimos gracias á la Divina Providencia por habernos asistido tan visiblemente, y mientras Monseñor rezaba sus oraciones, yo con nuestro mesonero le buscamos un puesto para que reposase. Pero ¿cómo hacerlo? Había solamente tres habitaciones; una bodegaita de comestibles, la cocina y un pequeño almacén que contenía frascos, sacos, cajas de petróleo, de pastas, algunas escobas viejas, terrajas, martillos, etc., etc.

Colocamos, pues, del modo que mejor pudimos, tres catres y dormimos Monseñor, el dueño y yo. Zanchetta y los demás, como de costumbre, bajo la cubierta de un carro y al aire libre.

Pero aún así y todo, pasamos una noche felicísima, tanto por la bondad y cortesía del mesonero como por la piadosa mirada de la luna, que dejábase ver tan luciente por la hendeduras del

tabique, que servía para cerrar la puerta y ventana, pues las dos eran una cosa sola.

8. Al salir, el Montenegro dió á Monseñor uno de sus mejores caballos, puesto que no habíamos podido encontrar aún á los nuestros, prometiendo al mismo tiempo que vendría á visitarnos en Patagones. Vino, en efecto, pero el pobrecito, antes de que Monseñor regresase de Buenos-Ayres, cayó enfermo de una syncope, y murió sin haber podido realizar los proyectos en favor de su alma, como lo había combinado con nosotros.

VII.

1. Pringles - 2. Ybañez - 3. El Molino 4. Llegada á Patagones.

1. Cuando llegamos á la colonia Pringles, fuimos á alojarnos, como de costumbre, á una posada, pues si bien es verdad que hay una hermosa iglesia, pero no tiene habitacion alguna para el sacerdote.

Poco tiempo despues vinieron á visitarnos las autoridades, el Sr. juez de paz, el comisario y otros algunos señores importantes de la colonia. Uno de estos, no pareciéndole conveniente que Monseñor se hospedase, en la posada le ofreció su casa. El le dió las gracias y díjole que en otras visitas que le haría más adelante, aceptaría gustoso su ofrecimiento. Entanto aceptó la invitacion á una modesta comida.

Nos paramos cuatro dias, durante los cuales Monseñor predicaba por la mañana y tarde. Zanchetta y yo enseñábamos el catecismo á los niños y niñas. Además de los Bautismos y Confirmaciones se hicieron más de 40 Comuniones.

— Podíamos haber pescado más, decía Monseñor, si hubiésemos podido tambien quedarnos un poco más de tiempo, y si estos benditos hombres no se dejasen llevar del respeto humano. Sí, carísimo Padre D. Bosco, esta *Gran Bestia* hace grandes estragos en estos desiertos, tantos y quizá más, que en las ciudades de Europa. Y lo más deplorable es, que de dicha desgracia son victimas tambien la mujeres.

Por fortuna Monseñor va haciendo desaparecer poco á poco la referida *Bestia*, con reuniones y asociaciones mensuales, y por los resultados que hasta ahora obtuvimos, tenemos hartos motivos de esperar un buen avenir. Vinieron á acompañarnos, cuando salimos, el Comisario, Juez de Paz y otras familias de la colonia.

2. Nos cogió la noche, despues de seis leguas, en un amenísimo valle bañado por el Rio Negro, y pernoctamos en casa de un cierto D. Gavino Ybañez, cuyo hijo mayor educábamos un tiempo en nuestro Colegio de Patagones.

Había sido ya avisado de nuestra llegada, y nos obsequió con una trucha exquisita, pescada aquel mismo dia en las limpidas aguas del río. Su piadosa consorte nos habia preparado tambien, en una habitacion, un precioso altarcito, en donde Monseñor confirmó á dos de sus niños.

Por la mañana y sin haber podido celebrar la santa Misa, pues habíamos dejado los ornamentos en Pringles, montamos sobre nuestros caballos y

al galope recorrimos como unos 60 kilómetros, en siete horas.

3. A fin de reposar un poco, nos paramos media hora en un pintoresco valle, llamado el Molino. Su propietario es un tal Malaspina, italiano, el cual montó un molino a vapor para comodidad de las colonias que habían sembrado grano. Aquí es la parada ordinaria que hacen los que van á Pringles.

Dejamos 6 caballos para que descansasen y se nutriesen, en una fértil isla formada por el río; y ensillados los otros 4, seguimos nuestro camino.

4. Al medio día nos encontrábamos ya sobre la *cochilla* (pequeña colina de Patagones, que en forma de anfiteatro, rodea la población).

Nuestros caros hermanos nos esperaban ansiosos, y dándonos la *bienvenida*, nos condujeron, despues de haber dado las debidas gracias á Dios y á María Auxiliadora, con muy buena salud y no poco apetito, al refectorio. Era el día 29 de noviembre. Hablamos de todo un poco, y en primer lugar de las noticias de la Mision, despues de las cosas de casa y luego de las de Europa, de D. Bosco, del Oratorio, etc., etc.

Monseñor me dejó descansar por algunos días, siquiera para que me pudiese cepillar el polvo, y tambien prepararme á tomar de nuevo el mismo camino del desierto, hasta las Cordilleras.

El había presenciado la necesidad de ocuparse á costa de cualquier sacrificio y fatiga, en la salvacion de las almas, privadas muchas, de los santos Sacramentos, é ignorantes otras, de los misterios de nuestra santa Religion, que *in tenebris et in umbra mortis sedent*.

Por esto, cargados nuevamente los caballos, y tomado por compañeros á nuestro D. Bartolomé Panaro y al catequista Francisco Forcina, el día 3 de diciembre, yo me encontraba de nuevo en marcha para Pringles.

Suspendo, carísimo Padre en Jesucristo, un poco mi larga narracion, para proseguirla muy pronto, y narrarle lo restante de la Mision mucho más larga todavía.

En tanto, como estamos seguros de que su razon de Padre piensa continuamente en sus hijos, máxime en aquellos de la Patagonia, excusamos decirle que lo haga, antes bien esperamos que continuará haciéndolo, con el auxilio de sus oraciones. ¡Oh! si supiese qué vida es la de los Misioneros, en estas tierras! Sí, lo sabe, y lo haga saber á nuestros hermanos de ahí y especialmente á nuestros Cooperadores y Cooperadoras, á fin de que rueguen por nosotros, por nuestros neófitos y por los demás infelices que no conocen aún el dulcísimo Nombre de Jesús Salvador.

Y tambien para que continúen á sostenernos con el socorro de su mucha caridad, único medio para seguir adelante con nuestra emprendida Mision de la Patagonia.

Suyo afectisimo en Jesús y María

DOMINGO MILANESIO, Pbro.

Cármen de Patagones, 1º de setiembre de 1886.

ORACION A MARIA SANTISIMA.

He aqui la oracion aprobada por nuestro Santo Padre Leon XIII, y enriquecida con 300 días de indulgencia por cada vez que se reze, que el Cardenal Vicario de Su Santidad ha dado á conocer á los fieles.

« María, Virgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre nuestra, mira los ataques que de todas partes dirigen el demonio y el mundo á la fe católica, en la que, para lograr la gloria eterna, quiero, por gracia de Dios, vivir y morir.

« Auxilio de los cristianos, renueva para salvar á tus hijos las antiguas victorias. A Ti confian el firme propósito de no pertenecer jamás á sociedades de heréticos y de sectarios. Presenta, Santísima Señora, nuestros propósitos á tu Divino Hijo, y alcánzanos las gracias necesarias para perseverar hasta el fin.

« Consuela á la Cabeza visible de la Iglesia, sostén al Episcopado católico, protege al clero y al pueblo que te aclaman Reina, y con el poder de tus súplicas acerca el día en que todas las gentes se consagrarán alrededor del Pastor Supremo. Amen. »

UN SORDO-MUDO EN LOURDES.

Un jóven suizo, de 18 años de edad, era sordo-mudo de nacimiento. Jamás en toda su vida había articulado ni una sola palabra. Sin embargo sus padres habían procurado darle toda la educacion que su triste estado permitia, y había llegado á poder escribir. Habiendo sabido una vez las maravillas de N. S. de Lourdes, se sintió impelido como de una fuerza oculta hácia la Virgen de los Pirineos. Manifestó á su familia su deseo, pero ésta si bien gente de fe, se opusieron formalmente al viaje. Mas el jóven no se dió por vencido; y un día con el baston en la mano se puso en camino, llevando sobre el pecho y la espalda un letrero escrito que decia:

Sordo-mudo, voy á Lourdes: indicadme el camino.

Eran los primeros días de junio, y por dos meses el peregrino de Lourdes caminó de pueblo en pueblo, alojándose donde la Providencia le deperaba algun sitio, y en la época del peregrinaje nacional llegaba á la sagrada gruta con su baston, con los zapatos llenos de polvo y el vestido todo roto. Sólo la inscripcion había desaparecido, despues de haber hablado por el camino en vez del mudo, y no debía aparecer ya, porque el mudo tenia que hablar.

Bebió agua, se lavó en la fuente, despues se mezcló entre la multitud de los peregrinos que oraba, ya de rodillas, ya con los brazos en cruz. La gente cantaba de cuando en cuando alguna alabanza á la Sma. Virgen y con mucha frecuencia el *Ave Maria*.

De repente el sordo oye y el mudo canta con los demás; *Ave Maria*. Había sanado. El Señor había premiado con un espléndido milagro la fe del jóven cristiano.

LITURGIA

BREVIARIUM ROMANUM

EX DECRETO SS. CONCILII TRIDENTINI

RESTITUTUM

S. PII V PONTIFICIS MAXIMI

JUSSU EDITUM

CLEMENTIS VIII, URBANI VIII ET LEONIS XIII

AUCTORITATE RECOGNITUM

Cum adprobatione S. Rituum Congregationis

IN QUATUOR PARTES DISTRIBUTUM

Taurinensem hanc editionem Breviarii Romani in quatuor partes noviter editam, quam vobis exhibemus, vobisque commendamus, Rev.mi Ecclesiae Christi Sacerdotes, humaniter ac benigne vos excepturos confidimus. Locupletissima namque est, et ut numeris omnibus esset absoluta totis viribus conati sumus.

In primis novam hanc editionem ad normam recentiorum decisionum redegimus, quas per suas Litteras Apostolicas diei XXVIII Julii anni 1882 S. D. N. Leo P. XIII ad universam Ecclesiam Breviario Romano utentem direxit, et per S. R. Congregationem explicavit. Quod quanto oneri editori, sacerdotibus vero commodo atque utilitati sit, nemo est qui non videat.

Quapropter in hac nova editione officia vel recentius concessa, vel ad universam Ecclesiam extensa, aut in nonnullis immutata et correctata suis locis collocavimus; officia vero votiva per annum, ritu semiduplici, pro singulis hebdomadae feriis ex indulto concessa adjecimus, una cum suis rubricis rubro caractere impressis. Haec peculiariter quoad editionis ordinem et perfectionem.

Si vero inspiciatur Typographi sollicitudo et cura, tum pro nitore et perspicuitate impressionis, tum pro grammaticali et orthographica correctione verborum; si splendor impressionis coloribus nigro-rubris exornatae, si commoda in quatuor volumina divisio non ita grandia singula ut oneri sint, sed satis ampla et perspicuis characteribus typicis ut visui omnium facilis sit lectio, haec editio certe prae omnibus erit accepta. Et certe nihil infectum reliquimus quominus perfectissima evaderet, quod apprimè agnoscens Sacra Rituum Congregatio sua adprobatione communivit.

Inspecta insuper pretii tenuitate, certe haec editio omnium commodissima erit. Qui illam igitur sibi comparare voluerit litteras mittat una cum pretio inferius adjecto. — In Italia: *Alla Libreria Salesiana, via Cottolengo 32, Torino*;

In Hispania: — *Libreria Salesiana. BARCELONA. — SARRIA*.

Cuatro volúmenes en rústica	P.	22 00
Encuadernados en tela inglesa y dorso flexible	>	29 —
En piel, dorso flexible y corte encarnado	>	30 —
En piel, corte dorado	>	37 —
En chagrin negro, corte dorado, dorso flexible	>	42 —

Librería Salesiana de Turin

HISTORIA ECLESIAÍSTICA

para la Juventud

Y ÚTIL Á TODA CLASE DE PERSONAS

por el

P. JUAN BOSCO

FUNDADOR

DE LA CONGREGACION DE S. FRANCISCO DE SALES

Cuatro opúsculos en-32°, 4 Pesetas

Librería Salesiana de Barcelona — Sarriá

D. BOSCO Y SU OBRA

por el

OBISPO DE MILO

con el retrato

DEL INSIGNE FUNDADOR

Un tomo en-16°, 4 reales en rústica, y 6 en pasta